

tal suerte los pescados en los rios de la Siberia y en los lagos de Suecia y Noruega, que sirven en vez de estiércol para abonar las tierras, tras de saciar con ellos completamente los animales terrestres: afortunado recobro en cierto modo de la esterilidad del suelo bajo tan rigurosos climas.

Los habitantes del norte deben al régimen animal hermosa y alta estatura al par de forzada pujanza (1): los vegetales, al contrario, presentan á los meridionales blandos, endebles y mimados. Nótase asimismo que el uso de la carne y grasas da á la piel un viso pardo; mientras lo ofrece mas subido el régimen vegetal. Es indudable que el uso del aguardiente y demás licores espirituosos ataja los medros, acorta las fibras, es por lo común contrario á la fecundidad, y predispone á una vejez anticipada.

#### ARTICULO TERCERO.

##### DEJENERACIONES Y ENFERMEDADES PECULIARES AL HOMBRE.

Si viviésemos sin apartarnos un ápice de nuestro natural estado ni estrellarnos con el instinto, árbítro, al parecer, de nuestra existencia, seríamos sobrios, contenidos y sanos, en razon de que los

(1) Ofrecian asimismo aventajada estatura los antiguos Jermános, Bretones, Galos y Burguiñones, en extremo carnívoros. ( Véase á Cesar, *Bell. gallic.*, lib. I, cap. xxxix; Pomponio Mela, *de situ orb.*, lib. III, cap. III; Tácito, *Mor. German.*, cap. xxxv; Zimmermann, *Zool., geogr.*, páj. 79.) Los desconmunes Patagones son carnívoros.

irracionales que, mas que nosotros, obedecen el interior impulso de la naturaleza, casi nunca enferman, ó aciertan por sí mismos á curarse. La vida civilizada podria apellidarse doliente, y en verdad que, engolfados en su hervidero, andamos como á mancomunar nuestros apuros y reverterlos en los irracionales caseros.

Los temperamentos, ó llámense diversidades individuales, son efectos, á nuestro ver, del estado social y sus modificaciones, hijas de los distintos hábitos, mantenimientos y situaciones que trae consigo la civilizacion. En su estado bravío, sujetos siempre al influjo jeneral, no ofrecen los vegetales entre sí la menor diferencia: no de otra suerte los hombres salvajes, ó que mas se ahijan con la naturaleza, son todos parecidos, aun en rostro; arrollados en igual existencia, idénticos en sus dichas como en sus infortunios, y conservándose, por decirlo así, en un mismo nivel, son parecidos por esencia. Nótese de paso que se ven asimismo mas hombres iguales en pujanza en las repúblicas que bajo los gobiernos monárquicos, donde la humillacion y el desamparo de la mayor parte son el cimientto donde se entronizan el poderío y la opulencia.

Así es que no ofrecen los niños ni los viejos temperamento peculiar, pues unos y otros son esclavos de su edad respectiva.

Vese espuesto el hombre mas que los irracionales á mil enfermedades exantemáticas, como la peste, las viruelas, el sarampion y la escarlatina, las erup-

ciones miliares y petequiales, las hemorragias de la nariz y del útero, las almorranas, etc. Debe igualmente á la estension de su sistema nervioso el sin número de achaques de él nacidos; el histérico, la hipocondría, las irritaciones del cerebro y desorden del espíritu; la locura, por ejemplo, la mentecatez, la melancolía, la nostalgia, y puede que la ninfomanía, la satiriasis y las afecciones uterinas, inagotable origen de indisposiciones para las mujeres. Amágnosnos asimismo la raquítis, las escrófulas, el cretinismo, el tifo venéreo, la lepra, la elefancia, la alopecia, etc. El cáncer, las hernias, la tiña, los herpes, la amenorrea y las jaquecas, son enfermedades que únicamente se ceban con la naturaleza humana, rarísimas por lo menos entre los irracionales, cuando ninguna de las que amagan á estos deja de hacer presa en nosotros. Dirán que el hombre viene á ser el ente mas corruptible y enfermizo que goza de vida sobre el globo. Y no se crea que se concreten sus desdichas á lo que mira á su frágil cuerpo: mas miserable es sin comparacion su espíritu. Y ¿nos envaneceremos aun de una intelijencia que cede á leve indigestion, se apaga con el vino ú el opio, y á quien trastornan las pasiones, confunden el amor ó la venganza, aletargan las enfermedades, y que, aspirando á ser señora, ni un momento deja de ser esclava?

De la Léucosis, ó de los albinos, etc.

Obsérvase en la especie humana notable dejeneracion en los colores de la piel y de los pelos. El vi-

so de la piel reside en aquella redecilla mucosa que nos describe Malpighi, y se encuentra debajo la epidermis. Ese tejido reticular es blanco en el Europeo, negro en algunas castas africanas, de un amarillo verdoso en los Mogoles, etc., y empapado de un humor oleoso mas ó menos matizado, que baña los cabellos y las cejas, como lo restante de la superficie del cuerpo. Eucuéntranse empero individuos de complexion lánguida, endeble y lácia, que, sin esa redecilla mucosa, no muestran mas que el color pálido y soso de la dérmis, con pelos y cabellos blancos y suaves como la seda, presentándose encarnado el iris de sus ojos, é incapaz de aguantar los rayos de la luz. Vase aniquilando exánime su cuerpo; dirian que es fátuo su espíritu; vejetan mas que viven, y no ven mas que en el crepúsculo, pues los deslumbra el dia. Llamáseles en Europa *Descoloridos* ó *Cenicientos*, *Bedas*, *Chacrelases* ó *Caquerlaques*, en las Indias; *Albinos*, *Negros-blancos* y *Dondos*, en África; *Darienses*, en América (1). Este estado enfermizo, que por lo comun se trae ya de nacimiento, puede decirse incurable: echa hondas raices en la constitucion, y es algunas veces hereditario. Varones ó hembras, háseles visto poco dispuestos de ordinario á la propagacion; su piel es blanda, floja y arrugada, su carácter medroso é inhábil (2).

(1) Lorry, *Morb. cut.*, páj. 610, asegura no sentir los *Descoloridos* y *Albinos* las conmociones eléctricas, sin duda por lo mucho que traspiran.

(2) Buzzi, *Dissertazione sopra una varietà particolare d' uomini bianchi eliofobi*, Milan, 1784, en 4.<sup>o</sup>; Saussure, *Voyage*

Nótase asimismo tamaña dejeneracion en los cuadrúpedos, los conejos blancos, por ejemplo, y de ojos encarnados, y los palomos, etc., entre las aves. Hanse visto monos (1), ardillas, ratones, cochinitos de Indias, topos, martas, cabras, elefantes, cerdos, vacas y caballos blancos y de ojos encarnados, débil vista y flojo temperamento. Entre las aves, se han visto padecer la misma enfermedad algunos papagayos, cuervos, mirlos y canarios; las perdices, los pavos, gallinas, gorriones, etc. Échase de ver tambien en las plantas, puesto que las manchas de las flores y de las hojas vienen á ser una dejeneracion análoga. Algunas veces no ataca mas que en parte, y va como rociando á un mismo viviente, lo que produce notabilísima singularidad en los negros, presentándonos un mismo individuo salpicado de negro y blanco-mate.

Efecto es el encarnado de los ojos de no haber recibido ningun color la úvea, mostrándonos la re-

*dans les Alpes*, tomo IV, páj. 303; y Storr, *Alpenreise*; lo que se atribuye á la falta del tejido reticular de Malpighi; dicese lo propio de los monos blancos, segun Ricardo Clayton, *Mem. society of Manchester*, tomo III, páj. 270; Is. Vossio, *De orig. Nili*, dice ser hijo ese albor de una especie de lepra. No les fueron desconocidos á los antiguos los *descoloridos*. Plinio, lib. VII, cap. II; Ctesias, en Focio, *Myriabibl.*, páj. 144; Filostrates, *Vita Apollonii Tyanei*, lib. III, cap. III, etc.

(1) Ricardo Clayton, *Memoirs of the literary and philosophical society of Manchester*, tomo III, Warrington, 1790, páj. 270, nota 1.<sup>a</sup>, escribe que un gobernador de Batavia vió en la isla de Java, en 1785, monos albinos ó dondos, á guisa de los hombres.

decilla de los vasos sanguíneos que la ciñen (1). El color del iris corre siempre en razon del de la piel y los cabellos; vese de mezclilla, azulado ú ceniciento en los rubios, mas ó menos pardo en los castaños, y negro en los morenos. En los pueblos del norte de Europa, el iris gris-azulado negrea al paso que se adelanta hácia el mediodía, puesto que á proporcion reciben colores mas subidos la piel y los cabellos. Tanto en el mediodía como en el norte, ofrécennos el iris negro las castas mogola, negra, americana y malaya, porque conservan siempre cabello negro y piel mas teñida que la de los Europeos;

(1) Blumenbach, *De oculis leucæthiopum et irid. motu*, en los *comment. soc. Gætting.*, tomo VII, páj. 29, fig., el color de rosa del iris no es mas que un síntoma de enfermedad cutánea, páj. 35, y depende de falta de color en la epidérmis; Aristóteles (*Problémas*, secc. X, páj. 416, edic. de Casaubon) conocia ya la mútua y constante relacion de la piel con el iris. Los perros, cuya piel nos ofrece distintos colores, muestran con frecuencia el iris matizado de diversos tintes, como dice Molinelli, *Comment. instit. Bononiens.*, tomo III, páj. 281. La lengua de las ovejas de muchos colores se presenta asimismo manchada. Aristóteles, *Generatio animal.*, lib. V, cap. V. (Véase la seccion III, art. IV.)

Cuando con la edad encanecen los cabellos, pónese asimismo pálida en el individuo la coroida; evidente prueba de admirable simpatia entre esas partes del cuerpo. (Véase Marco Mapo, *De oculi humani partibus et usu*, Argentorat., 1677, en 4.<sup>o</sup>.) Acórtase en ese caso la vista, como sucede con los que muestran ojos naturalmente pardos ó poco subidos. Son mas sensibles á la luz, ni pueden aguantar sus rayos, observacion que hiciera ya Simon Porcio, *De coloribus oculorum*, Florent., 1550, en 4.<sup>o</sup>, páj. 34.

siendo de notar que lo propio se advierte en sus hijos, aun en el tiempo mismo de su nacimiento.

Es fama que los Quimos son una variedad de hombres, cuya estatura no pasa de tres pies y medio, con largos brazos, traza de mono, y piel descolorida y arrugada: encuéntraseles en las montañas de la isla de Madagascar, donde se ocultan y defienden con denuedo. Sus mujeres casi no tienen pechos, y ambos sexos adolecen al par de escasísimas potencias. Este pueblo constituye, á mi ver, una dejeneracion particular, que se acerca á la de los descoloridos, sin formar empero diversa casta (1).

Algunos viajeros hablan de ciertos *hombres rabudos* que se encuentran en las islas del océano Índico; ya hayan equivocado hombres con monos, ó bien sea su observacion defectuosa, ello es ciertísimo que solo en sus ojos pudieron existir tales rabos. Los monos mas parecidos al hombre, como el sátiro ú orangutan, el joco y los cefos, no presen-

(1) Legentil refuta, que no deja nada que desear, la tradicion sobre ese pueblo de enanos que poblarían el centro de la isla de Madagascar, si creyésemos al naturalista Commerson, quien anduvo sobrado crédulo por cierto ateniéndose á Flacourt. Contestes van con Legentil las relaciones de los modernos (Fressanges, *Annal. des voyages*, tomo II, páj. 25); véase igualmente á Rochon, *Viaje á Madagascar*, Paris, 1792, en 8º.

Ricci (jesuita), *Expeditio apud sinas*, por Trigault, 1617, lib. I, cap. VIII, afirma que los Chinos, los Tonquineses y los Cochinchinos nacen todos con seis dedos á cada pie. Hay en verdad muchos observadores topos.

tan cola, y menos les tocaba por cierto á los racionales (1).

Aunque organizado al parecer para vivir en rejiones cálidas, cúpole con todo al hombre una constitucion harto flexible y un tejido celular propio para connaturalizarse con todos los paises. Unicamente bajo los trópicos se multiplican los monos; cuando

(1) Dícenos Koeping que en las islas de Nicobar vió ciertos hombres con cola. Eran, dice, descomunales, feisimos y de color amarillo negruzco. Movian á su antojo colas parecidas á las de los gatos, bien que peladas. A buen seguro que veria Koeping algun enorme monazo, ó bien hombres cubiertos de pieles de animales de quienes arrastrase el rabo. Véase á Girtanner, Buffon, Blumenbach, Desbrosses, etc. Sin embargo de sus luces y talento, da Lord Monboddó crédito á la existencia de los hombres con cola (*Of the origin and progress of language*, Edimburgo, 1773, en 8º, tomo I, páj. 134). Véase asimismo á Maupertuis (*Oeuvres*, Lion, 1756, en 8º, tomo II, páj. 143). Mongez, *Journal de physique*, tomo XXI, 1773, páj. 143, cita á M. Lalande, quien dijo haber visto en Paris á un mozo sillero con cola ó rabadilla de tres á cuatro pulgadas de longitud, incomodísima por cierto al querer el jóven sentarse ó vestirse. Struys, *Voyages*, edic. Amsterd., 1681, en 4º, páj. 53, asegura haber visto en la parte meridional de la isla Formosa y la de Mindoro, hombres con cola, cuya longitud llegaba á un pie y dos pulgadas; Gmelin Carreri, *Voyages*, tomo V, páj. 65, dice haber visto lo mismo en la isla de Luzon.

Sospechosas son todas esas relaciones, y nunca los hombres con cola de los viajeros pasaron de monos, puesto que los orangutanes y otras especies que mas se rozan con la nuestra tampoco tienen rabo. De ahí deduce Aristóteles ser mas lascivas y poseer mas vigorosas piernas las especies que no tienen cola, por defraudar esta del jugo nutritivo á las partes inferiores del cuerpo.

el hombre, que es omnívoro, subsiste en todas partes, porque sabe guarecerse contra el frío ú las intemperies de la atmósfera por medio de los edificios que construye y las telas con que se arropa. El perro se ha hecho también cosmopolita en sus diversas castas, siguiendo al hombre, de quien es fiel compañero, así en las zonas heladas de los polos, como en las abrasadas playas del Ecuador.

En los países cálidos, amagan principalmente al hombre las enfermedades biliosas y diarroicas, las calenturas ardientes y malignas, las erupciones cutáneas y achaques convulsivos: y en los fríos, es con más frecuencia víctima de los catarros, inflamaciones, escorbutos y la plétora. Así es que en el mediodía, se anidan por lo regular los móviles morbosos en los aparatos nervioso y visceral, y en el norte, en los sistemas membranoso, sanguíneo, muscular y huesoso. Las regiones húmedas, pobladas de naciones de temperamento linfático, enjendran diversas caquexias, la anasarca, la hidropesía, las calenturas cotidianas (1), catarrales, verminosas, pútridas, saburrales, etc., como también despeños, fluxiones serosas, obstrucción de las glándulas, flores blancas y otras dolencias humorales. Iguales azotes sufren los septentrionales que moran en países hondos, y los negros y meridionales que habitan en territorios húmedos.

(1) Boates, *Of Ireland*, art. xix; Martin, *in Ins.*, páj. 180 y 273; Debes, *Faroe*, páj. 270; Cheyne, *Infirm. valet. tuend.*, páj. 40; Lorry, *De melanch.*, tomo 1. Domina sobre todo en el norte la constitución catarral.

En los climas templados y entre los pueblos de complexión sanguínea, como los Franceses, Italianos, Griegos, Armenios, Persas, etc. (1), son más que en ninguna otra parte temibles las inflamaciones, las perineumonias, hemorragias, los cólicos nefríticos, la gota, la tisis, el flujo hemorroidal, cefalalgias y sinocales, el asma, la apoplejía sanguínea, etc. (2).

Los temperamentos cálidos y biliosos, como los de los Tártaro-Mogoles, Caribes, Turcos, y otras castas humanas, especialmente cuando moran en territorios áridos y abrasados, adolecen por lo ordinario de calenturas biliosas, del frenesí y anjinas, de la hemoptisia, de la fiebre hética, de la hepatitis (3), gastritis, de inflamaciones intestinales, del cólera-morbo, los tabardillos, y todas las enfermedades agudas. Favorecen su esplayamiento la edad viril, el verano y el suelo seco y ardoroso (4).

(1) Vitruv., *Arquit.*, lib. vii, dice ser muy sanguíneos y ple-tóricos los pueblos del norte; Herm. Courinjio, *Hab. Germ.*, cap. xix; Ellis, *Huds.*, páj. 135; Lineo, *Flor lapon.*, páj. 59 y siguientes; é *Iter Æland.*; Gmelin, *Flor sib.*, tomo 1.

(2) Atribuye Huxam constitución inflamatoria á los septentrionales, páj. 63; Plempio, *Valetud. tog.*, páj. 80.; Baschtrom, *De scorbuto*, páj. 20; Anderson, *Island.*, tomo 11; Martens, *Spitzberg*, páj. 270; *Trois voyages au nord*, páj. 189, etc.

(3) Gulielm. Piso, *de aer. loc. et aq. Indice occident.*, 1658, en fol., parte 11; Sonnerat, *Voy. aux Ind.*, tomo 11, lib. 11, Boncio, *Medic. ind.*; Marcgrav., *Brasil.*, lib. 1v; Lind, *Maladies des pays chauds*; miran los flujos disentéricos como frecuentes en las regiones cálidas.

(4) Celio Aureliano, *Morb. acut.*, lib. 11; Areteo, *Morb.*

Entre las constituciones melancólicas (1) de los habitantes de la zona tórrida y de los países ardorosos, prevalecen un sinnúmero de enfermedades crónicas; la hipocondría, las obstrucciones del hígado y del bazo, el escorbuto, las úlceras, el cálculo urinario, las almorranas, la ictericia y los achaques histéricos y espasmódicos. En el mediodía del Asia es donde mas se enconan esos síntomas peculiares de la especie humana.

Muchos autores han observado hombres rumiantes, ó á quienes era dado hacerse subir del estómago los alimentos para desmenuzarlos; otros han visto individuos de nuestra especie cornudos y escamosos: tales singularidades empero, ciertas ó finjidas escrescencias mórbidas de la epidérmis, no son por cierto parte tan esencial de nuestra historia, que no puedan buenamente pasarse en olvido.

Adolecen las naciones pescadoras de enfermedades cutáneas, como la lepra, la elefancia, la sarna, etc., en especial bajo los climas ardorosos: sabios anduvieron pues los lejisladores de los Ejiptios, Hebreos, Lidios y otros meridionales, cuando prohibieron el uso de pescados.

*acut.*, lib. 1; Paulo Ejino y Alej. Trall. Entre los negros principalmente, si creemos á Mitchell, *Trans. philos.*, *ib*, páj. 153; Pouppé Desportes, *Santo-Domingo*, tomo 1 y 11; Bajou, *Cayena*, y d<sup>e</sup> Azille, *Malad.*; Jac. Lind, *Ess. sur les malad. des Europ. en pays chauds*, trad. fr., Paris, 1785, en 12<sup>o</sup>, 2 vol. Frecuentísimas y muy comunes son en los países meridionales las calenturas malignas y ardientes.

(1) Areteo, *Diuturn.*, lib. 11; Belon, *Obs.*, lib. 11; Prosp. Alpino, *Egypt.*, lib. 14; Ludolfo, *Æthiop.*; Montano, *Amer.*, páj. 381; Dampier, *Voyages*, tomo 1; Celso, *Med.*, lib. 11.

bieron como dañino el excesivo uso de pescados. En las rejiones abrasadas, causa el réjimen animal calenturas pútridas y malignas, disenterías y funestísimas erupciones, flujos y otras enfermedades correlativas. Por otra parte, el réjimen puramente vegetal no podria, por sobrado estenuante, seguirse mucho tiempo en los terrenos frios, sin ocasionar la mayor disipacion y languidez. Las bebidas y manjares calientes no son tampoco nada naturales, puesto que ningun animal los usa, fuera de que se entorpece y amodorra con ellos la naturaleza.

Obsérvase asimismo que por lo regular son los habitantes del norte mas corpulentos que los meridionales. No faltan ejemplos de individuos que han llegado á desmedida corpulencia; aquel Inglés, por ejemplo, del condado de Lincoln, que pesaba quinientas ochenta y tres libras, llegando á diez pies su circunferencia, y tragando por dia diez y ocho libras de vaca, murió de veinte y nueve años, dejando siete hijos. Otro individuo pesaba seiscientas nueve libras, pudiendo siete personas de ordinaria corpulencia caber dentro de sus calzones y abotonarlos. Otro por último pesaba seiscientas cuarenta y nueve libras; no podia andar á pie, y tenian de ancho sus espaldas cincuenta y nueve pulgadas y seis líneas. No se encuentran en Francia, ni mucho menos en el mediodía, tan monstruosos racionales.